

Memorias de Rocinante

Por VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

Recordarás querido lector, que **mi buen amigo**, el ingenioso hidalgo complutense, don Miguel de Cervantes y Saavedra, publicó la primera parte de su inmortal novela *Don Quijote de la Mancha*, editada por Francisco de Robles en la imprenta de don Juan de la Cuesta y que fue empezada años antes en la celda de una cárcel, en donde toda incomodidad tiene su asiento. Mas esto no viene propiamente al caso, sino es para tratar de un famoso descubrimiento mío, de hace algunos años y que por muchos motivos que luego se dirán no he querido sacarlo a luz, hasta no asegurarme de su verdad completa. De allí que empiece refiriéndome antes que todo, al capítulo octavo de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha*, y sobre todo al noveno de la misma parte, que es el principal de mi trabajo y el que se relaciona de pleno con mi afortunado hallazgo, o sea: *Las memorias de Rocinante*, escritas por Cide Hamete Benegeli.

Trata pues, aquel capítulo, del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de feliz recordación. Aconteció que cabalgando don Quijote en compañía de Sancho Panza, por los campos de Montiel, en busca de aventuras, encontróse con gran número de gigantes descomunales y de rarísima figura, ya que más parecían molinos de viento que otra cosa y juró nuestro caballero quitarles a todos la vida, para borrar de la faz de la tierra, tan pésima simiente. Opúsose Sancho a semejante combate, creyendo en su sencillez admirable que los treinta o más monstruos no eran tales sino, como se dijo, simples molinos de trigo candeal. Aquéllos, al ver aparecer a su enemigo o talvez porque en ese entonces soplaban fuerte viento, empezaron a mover vertiginosamente, cada uno sus cien brazos, como los de Briareo que combatió contra los dioses.

Aprestóse nuestro héroe a la descomunal batalla, cubierto de su rodela y con la lanza en ristre arremetió contra el primer enemigo que encontrara.

El golpe fue tan fuerte que las aspas o brazos, mejor dicho, hicieron trizas la lanza y llevóse tras de sí al pobre Rocinante y a su dueño, y ambos se vieron revolcados en el polvo. El noble manchego una vez repuesto de su derrota requirió nuevamente su maltrecho rocín, y caballero en él, lo mismo que Sancho Panza, su escudero, en el asno, prosiguieron el camino de los alrededores de Montiel. Ibase rumiando don Quijote, sus recuerdos de libros de caballería, la crónica de Valerio de las historias de don Diego Rodríguez de Almella, o los romances del Cerco de Jerez, referente a los lejanos tiempos del santo don Fernando el Tercero. Por tal motivo, acordóse de la historia de don Diego Pérez de Vargas, el terrible matador de moros, a quien rompiósele la espada en un combate, y entonces desgajó un tronco o rama de encina, y con ella hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que desde entonces conociósele con el sobrenombre de "Machuca", y así, él como sus descendientes llamáronse Vargas y Machuca.

—Para que veas, Sancho amigo, díjole don Quijote, he aquí de memoria el romance aludido, cuyos versos pertinentes así rezan:

Tras dellos va Diegō Pérez.
Por fuerte se ha señalado.
También se quebró su espada.
No tiene armas en la mano.
Llegado se había a un olivo.
Un grueso ramo ha quebrado,
hecho a manera de porra,
a la lid se había tornado.
Matando iba en los moros
mal los iba lastimando.
Al moro que una vez hiere,
no es menester ser curado.
Discurre por la batalla.
Hiriendo iba y matando.

.....
Cuando lo vido Alvar Pérez
gran placer había tomado.

Agradábanle los golpes
que Diego Pérez va dando.
Díjole: —Diego, machuca,
machuca como esforzado.
No nos quede moro a vida,
todos mueran a tu mano.

.....
Llamáronle a Diego Pérez,
de Machuca, el afamado.
De aquel día en adelante,
este renombre le han dado.

No está muy bien eso que los poetas dizque llaman versos —dijo el socarrón de Sancho. Y luego añadió: —Mas, si tengo de hacer algunos reparos a la historia y a ese romance.

—Empieza, so penco y acaba pronto, sin echar por las ruedas tus refranes, gritóle don Quijote.

El escudero no se hizo de rogar y contestó: —Es imposible que ese tal don Diego Pérez hubiese desgajado un tronco de encina o de olivo para machucar moros o cualquier mondongo, con esa formidable porra, y váyase esa leyenda a ella y Dios para todos. Por otra parte, aquello de:

¡Matando iba en los moros,
mal los iba lastimando...!

Señor, que no me meto en gramatiquerías, y zapatero a tus zapatos, y a quien Dios se la da San Pedro se la bendiga; pero sí hace reir aquello de que primero íbalos matando para terminar diciendo que mal los iba lastimando, si era tal la cosa que no eran meros rasguños, sino la misma muerte.

—Noto, dijo su amo que te estás volviendo zoilo o Escalígero, y ya sabes lo que a éste pasóle. Pero dejemos estas cursilerías críticas de tu escuderial caletre, y debes saber una vez por todas que un caballero andante, puede con su poderoso brazo, derribar de un golpe una torre de granito y con su espada defender de parte a parte a mil gigantes, cuando menos esa pequeñísima hazaña del tronco de la encina. ¿Ves ese olivo? Pues ya verás cómo habré de repetir la historia de Vargas y con su más pesada rama enmendaré mi fenecida lanza.

—Cátame allí la locura— respondió Sancho. Sea en buena hora desgajar una parte de ese árbol y poner en la punta aguzada el hierro

victorioso. Mas para ello habré de ayudaros mi señor don Quijote, con vuestra misma espada, y Dios sea servido, ya que no hay que dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy, y a Dios rogando y con el mazo dando. Manos pues a la obra, que amanecerá Dios y veremos, ya que más vale un toma que dos te daré.

Admirado estaba don Quijote de los concertados desconciertos de Sancho y no sabía que decir de él: si era un zafio de marca mayor o un filósofo de toma y daca, de aquellos que no dirigen los pasos por los cerros de Ubeda, ni quédanse razonando exquisiteces ante la luna de Valencia.

Quedó con el trabajo de ambos, terminada en poco tiempo la nueva lanza y, como rezan los viejos infolios caballerescos, por imitar a sus congéneres, pasóse don Quijote la noche desvelado, pensando en su señora doña Dulcinea del Toboso, mas no así el escudero práctico y sencillo dentro de su aparente tontería. Escudriñó las alforjas, sacó buen yantar de ellas aunque el avío estaba duro, pues decía que a buen hambre no hay mal pan y que a esas horas contentábase con lo que tenía, sin pensar en los deliciosos embutidos de otras horas, ya que es verdad que más vale pájaro en mano que águila volando. Además, su buen sentido de provechosa socarronería, hizo que lo acompañara siempre una bota de vino y esta vez, puro malagueño, y a cada rato la empinaba con la precisa sabiduría del mejor bodeguero de esa tierra.

—Barriga llena, corazón contento, masculló sentenciosamente Sancho, y tendióse sobre la grama espesa, a la sombra de un corpulento árbol, y desde allí púsose a mirar las estrellas, para terminar en profundo sueño, de aquellos que dicen los sabios, es imagen de la muerte.

Mucho trabajo costóle a don Quijote despertar a Sancho, quien a pesar de entrado el día aún roncaba como un condenado, sin que los mil ruidos de la selva, el cantar delicioso de las aves, el viento que silbaba entre las hojas y el dulce rumor del riachuelo pudiesen despertarlo. Mas don Quijote enfurecido acercóse a su escudero y con el cabo de la lanza le urgaba las partes traseras con alguna desconsideración hasta conseguir revivirlo, si así pudiera decirse. Sancho resregóse los ojos, extendió sus brazos, dióse algunos golpecitos en su apellido y recurrió a su bota que la encontró bastante flaca.

Aquel lugar, según nuestro caballero, era el más a propósito para las aventuras. La soledad del camino, el silencio del contorno por

donde no se veían pasar seres vivientes, los cuentos de esas tierras, todo indicaba que pronto habría de venir algún suceso de notoria recordación, digno de un caballero andante de esa talla. Pero como es de lugar en esta clase de historias, a él sólo estaba encomendada la acción caballeresca, ya que de acuerdo con las reglas que se habían dado para tales hazañas, los escuderos no podían mezclarse jamás en ellas, ni siquiera para defender al amo, a menos que, como en muchas ocasiones había sucedido, el sirviente pudiese ser armado caballero.

No bien habían andado unas pocas horas, camino a Puerto Lápice, cuando aconteció la consabida aventura de los monjes de San Benito, con el encuentro de la dama vizcaína que venía en coche en compañía de varios escuderos del mismo lugar. Para don Quijote, aquellos frailes eran unos encantadores que habían robado a una princesa de sin par hermosura, descontando naturalmente la de su Dulcinea del Toboso.

—Mire bien lo que dice y piensa hacer, díjole Sancho, pues eso que cree ser encantadores no son sino humildes hijos de San Benito; la señora que allí en el coche viene, es gente pasajera y los acompañantes son nada más que mozos de mulas. No había para don Quijote ninguna razón valedera, y arremetió contra uno de los frailes dejándolo mal herido y peor acontecido. Mientras que el vencedor ofrecía la victoria a la princesa, Sancho hacía de las suyas, ya que sabía por su amo, que el botín de la victoria en estos casos tocábale al escudero. Por tal motivo apresuróse a desnudar al vencido de sus ropas tales para aprovecharse de ellas. Los mozos de mula que con él venían, quisieron vengarse del audaz, y uno de ellos tundiólo a palos hasta dejarlo medio muerto.

Don Quijote esforzábale ante la dama del coche en hacerle saber su profesión, ofreciéndole su victoria y díjole que en pago sólo quería que pasase por el Toboso para decirle a Dulcinea que por ella había sido libertada.

Uno de los mozos escuderos de la dama que oía estas sinrazones o locuras, viendo al mismo tiempo que no dejaba pasar el coche, asió de la lanza del caballero andante y furioso díjole en su enrevesada lengua textualmente: —“Anda caballero que mal andes; por el Dios que crióme que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.”

Sonrióse don Quijote, de esta manera de hablar, y los dos apretáronse al singular combate, en donde ambos demostraron furia sin igual. Salió vencedor nuestro caballero y como quisiera rematar al vizcaíno, la dama del coche intervino suplicante para que no le matase, a lo cual convino hidalgamente con la condición de que se rindiera nuevamente culto a Dulcinea, reconociendo su sin par hermosura. Mas lo duro del caso es que Cervantes y el autor de esa historia, no encontraron más datos sobre su terminación, según él mismo lo dice en su capítulo octavo. Ciertamente era increíble que tan admirable caballero no tuviese un historiador o sabio que contase sus hazañas o que las hubiese dejado escritas en algún sitio olvidado para que algún día la suerte hiciera dar con ellas.

Cervantes dijo bien al terminar este capítulo que “el segundo autor desta historia tan curioso, no quiso creer que estas hazañas estuviesen entregadas a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así con esta imaginación no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se tratará en la segunda parte”.

Efectivamente, Cervantes lo cuenta en el capítulo noveno con toda clase de detalles aunque con muchas contradicciones como se verá a su tiempo, todo lo cual prueba con otros argumentos de mayor fuste, que el autor al principio apenas quiso talvez hacer de esta obra otra novela ejemplar por el estilo de la Gitanilla, hasta que la fortuna le deparó el encuentro de los papeles escritos por un tal Cide Hamete Benegeli, historiador arábigo. Todos conocen por este conducto la *Historia de don Quijote de la Mancha*, escrita por aquél sin lugar a dudas, pero lo más curioso del caso es que por obra de una especie de milagro bibliográfico, pude hallar yo, pecador de mí, en mis andanzas por tierras de Montiel, en las cercanías del Toboso, al par que la verdadera historia de Aldonsa Lorenzo, o mejor la princesa Dulcinea, la biografía del caballo Rocinante que, como lo dice su nombre era un cumplido caballero aunque venido a menos por los vaivenes de la suerte, pero que a pesar de todo, su dueño lo hizo inmortal.

Mas no resistió a la tentación de anticipar a mis lectores, el verdadero y completo nombre de este célebre caballo: Rocinante del Prado de Santa Cruz de los Cañamós y Torre de Juan Abad.

Dejamos el anterior capítulo con el nombre auténtico de Rocinante, cuya investigación fue dispendiosa como se colige a primera vista, dadas las dificultades inherentes a esta clase de análisis. Para ello tuve que recorrer todos los pueblos y rincones de la Mancha, hasta dar con los documentos pertinentes. Visité, por lo tanto Argamasilla de Alba de donde dicen que fue oriundo don Quijote de la Mancha y su escudero Sancho Panza, la otra Argamasilla de Calatrava, que tiene hoy más visos de ser la patria de nuestros protagonistas. Estudié todo lo referente a don Diego de Toledo, gran prior de San Juan, quien fundó según viejos infolios, la primera Argamasilla nombrada, en 1530. Escudriñé los pergaminos que tratan de la nueva fundación o traslado de la villa, por los miasmas peligrosos que desprendían las inundaciones del río Guadiana y los vapores de un caz tomado del río que atravesaba el pueblo, como reza textualmente el cronicón pertinente. Llegué al Toboso, distante diez leguas de la posible patria de don Quijote. Pasé y repasé detenidamente todos los campos de Montiel que están en el distrito de la Mancha. Bebí de las aguas del Jabalón, tributario del Guadiana y que es célebre en la historia antigua porque allí murió don Pedro de Castilla, víctima del fratricidio de don Enrique. Estuve en los Ayuntamientos de Villanueva de los Infantes y los pueblos de Membrilla, Solana Carrizosa, La Ruidera, Fuenllana, Santa Cruz de los Cañamos y Torre de Juan Abad. En estos últimos hallé los documentos relativos a la historia de Rocinante, como queda dicho, pero estas noticias fueron ampliamente confirmadas en las otras dependencias administrativas de Terrinches, Puebla del Príncipe, Albaladejo y sobre todo, en Castellar.

Y ahora continuemos con la historia que dejamos empezada anteriormente. Cervantes deja trunca la historia del singular combate entre don Quijote y don Sancho de Azpeitia y yo me adelanté a informar de la victoria de nuestro caballero andante. En el capítulo ix se da cuenta pormenorizada de tan principal suceso, pero es que nuestro autor que conocía todos los recursos psicológicos aplicados a los lectores, quiso incitar la curiosidad general, para que devoraran con ansia la continuación del incidente o para imitar a otros autores de libros de caballería, de los cuales podría citar muchos, pero bástenos

por ahora recordar a Garci Ordóñez de Montalvo en sus conocidas *Sergas de Esplandián*, que como se sabe, es una especie de continuación del *Amadis de Gaula*, dizque escrita en griego por el maestro Elisabad. Aquel autor cuenta también al llegar a una segunda parte, cómo halló este *Hecho* o serga en griego, e igual cosa hizo el autor del *Amadis de Gaula*, pues por seguir la costumbre de los autores de esta clase de libros, al empezar la segunda parte, dice textualmente: "Quiso Dios depararme, para que con el trabajo de hasta aquí la pudiese traducir y enmendar de la suerte que agora veréis."

A Cervantes parecióle un imposible y fuera de lugar que tan agradable cuento finase allí y no se hubiera encontrado algún sabio, como era costumbre en estas obras, que historiaran sus hazañas con los más mínimos detalles. Recordaba el ingenioso hidalgo de Alcalá de Henares, que los caballeros andantes antiguos, no sólo tenían uno, sino dos y más sabios para biografiar sus vidas, pues era imposible que a don Quijote le hubiese faltado un encantador o cronista que ni siquiera faltó a Platir, es decir, un Galtenor que escribió la historia del hijo del emperador Primaleón. Por ello, Cervantes juzgaba que, de no hallarla, el tiempo tenía la culpa, ya que es un devorador incansable de la vida y de los hechos de los hombres. Mas unos renglones abajo, Cervantes habla de que la historia de don Quijote era contemporánea, lo que prueba su incurable distracción para componer su inmortal obra.

Don Quijote de la Mancha fue sin duda un caballero digno de las mejores plumas ya que era el espejo de la caballería manchega y el primero, según nuestro autor, que púsose al servicio de tan noble y peligrosa profesión, lo que implica otro error, ya que en muchas otras partes había dicho que sus fazañas bien pudo haberlas destruido el tiempo devorador, lo que indicaba al principio que su existencia era antiquísima. Prosigue Cervantes con sin igual donosura pintando a su héroe como nadie lo había hecho con sus caballeros biografiados, ya que él, según las crónicas viejas o recientes, había sido distinguido como el mejor desfacedor de agravios, socorro de las viudas, no se sabe si ricas o desvalidas, aunque es seguro, dada la índole de nuestro caballero que lo hubiese hecho únicamente con estas últimas, pero lo que sí da risa y de la buena, es el aditamento cervantino referente a las doncellas que siempre eran sus protegidas, aun aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes y "con toda su vir-

ginidad a cuestras de monte en monte y de valle en valle, que si no era que algún follón o algún villano de hacha y capellina o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado, se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había parido". Tales inverosimilitudes de aquellos fantásticos libros y aún más fantásticas doncellas, no eran propias de Cervantes, ni él mismo hace gala de ello, pues que su famosa obra quijotesca no era en verdad sino una maravillosa parodia de tales engendros, por los cuales él luchó hasta lograr en gran parte extinguirlos por completo. Y a propósito me viene a la memoria el Ariosto en su *Orlando Furioso* cuando la protagonista Angélica de un reino de la China le dice a Sacripante:

"El come Orlando la guardó sovente,
da morte, da diñnor, da casi rei,
e che'l for virginal cosi avea salvo
como se lo portó dal matern'alvo."

También había repetido Cervantes la misma irónica idea en su *Celoso Extremeño*. Una de las dueñas, de reconocida fama, decíale a Loaiza: "Todas las que estamos dentro desta casa, somos doncellas como la madre que nos parió." Hay un libro que también encontré en la librería de don Quijote y que se llama, no como lo apuntan algunos bibliómanos, *Don Belianis*, siguiendo erradamente a Cervantes, sino así: "Historia del valeroso e invencible príncipe don Belianis de Grecia, hijo del emperador don Beliano y de la emperatriz Clarinda." "La infanta Dolisena hizo un viaje extraordinariamente largo en el cual empleó mucho tiempo por la lejana Africa y después de sin número de aventuras de todo género, entre las cuales no escasearon las más peligrosas de amor, volvió a su palacio tan entera como la madre que la había parido."

Es necesario recalcar en las contradicciones de Cervantes sobre la antigüedad de su historia y otras sobre su época moderna o sea que perteneció a la época de su propio autor, pues él mismo lo dice en el capítulo ix de la primera parte de *Don Quijote*: "Por otra parte, me parecía que pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos* y *Ninfas y pastores de Henares*, que también su historia debía ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de las gentes de su aldea y de las de a ella circun-

vecinas." Realmente esta cita no es taxativa y lo hizo bien el autor, ya que en el escrutinio de la librería de don Quijote que figura en el capítulo vi de la primera parte de esta obra se encuentran muchos otros libros modernos, es decir, contemporáneos a Cervantes pocos años menos. Con respecto a esta obra cabe observar muchas cosas. En primer lugar, parece haberse perdido para siempre, pues los mejores críticos y anotadores de *Don Quijote* no la han encontrado y apenas se cita a Pellicer quien dice apenas que su verdadero título es: "*Primera parte de las ninfas y pastores de Henares*, dividida en seis libros. Compuesta por Bernardo González de Bobadilla, estudiante en la insigne Universidad de Salamanca." Agrégase que fue publicada en Alcalá hacia 1587, es decir, apenas dos años más tarde de la novela pastoril, *La Galatea*, de Cervantes y Saavedra. Según su mismo autor, era natural de las islas Canarias y hasta cita Pellicer unos versos de un poeta que recriminó a Cervantes por haber maltratado a Bobadilla en su viaje al Parnaso:

Fuiste envidioso, descuidado y tardo,
y las ninfas de Henares y Pastores,
como a enemigos les tiraste un dardo.

La otra novela pastoril citada por Cervantes, es decir, *Desengaño de celos*, de la cual no se da ninguna otra noticia, es más moderna, puesto que allí se citan hechos recientes y contemporáneos al genio complutense. En 1586 publicó Bartolomé López de Enciso esta novela pastoril que en su tiempo difundióse al par que *La Galatea*. ¡Es curioso este romance eglógico que trata del mal tan conocido de las mujeres que a veces hacen insoportable la vida de sus víctimas! Está llena de típicos anacronismos, pues al par que la escena desarróllanse en épocas muy lejanas, de los tiempos de Venus, de Píramo y Tisbe, de Apolo y de Mercurio, de Céfalo y de Procris, de Paris, de Adonis, de las ninfas y nereidas del Tajo, en donde se desarrolla la acción, los gentiles pastores hablan con la mayor propiedad de los hondos problemas de la mitología y visten trajes nuevos de la época y lo mejor del caso, es que por el camino y las ciudades hallan estatuas de Carlos v; de Felipe II y hasta del III.

Entre los libros no citados como contemporáneos por Cervantes pero que sí lo son, de los cuales se darán aquí algunas noticias breves, porque los creo de gran interés para la literatura están los siguientes: *Bernardo del Carpio*, según dice nuestro autor en el capítulo vi lla-

mado del escrutinio, pero como se sabe hoy, su verdadero título es: *Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio* de Agustín Alonso, publicada en el mismo año de *La Galatea*. Es de advertir que muchos pretendidos ingenios tomaron este ciclo tan conocido de los romances históricos, para escribir sus continuaciones o adaptaciones novelescas.

Cervantes habla de otro libro llamado simplemente *Roncesvalles*, pero parece que, como siempre él citaba de memoria, pues su título es: *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles, con la muerte de los doce pares de Francia*. Su autor es don Francisco Garrido de Villena, publicada en Toledo en 1583. Este raro novelista y pésimo poeta fue también un refundidor de *Orlando el enamorado*, de Mateo Boyardo. El sabio cura Cortejón, al anotar este libro, cita unas octavas del primer libro de Garrido, y Rodríguez Marín, agrega que el cura Pero Pérez, graduado en Zigüenza, tuvo toda la razón en echarlo a las llamas.

El barbero encontró *Los diez libros de fortuna de amor* de Antonio Lofraso, poeta sardo. Esta obra fue publicada en Barcelona en 1573. El comentario del cura Pero Pérez es algo misterioso, pues al mismo tiempo que lo elogia hasta las nubes lo postra definitivamente, pues sus palabras textuales son las siguientes: "Por las órdenes que recibí, que desde que Apolo fue Apolo y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino, es el mejor y más único de cuantos desde género han salido a la luz del mundo; y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dadmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia", o sea de un riquísimo paño que solamente usaba la gente principal. Este libro fue dedicado al conde de Quirra y es una mezcla de prosa y verso, en donde se describen los amores eglógicos de Frexano y de Fortuna. Es digno de mencionarse la parte final llamada *Testamento de amor* en tercetos. También debemos hacer notar que el maestro Pedro Pineda profesor de español en Londres, lo reimprimió con muchos elogios. Como un dato curioso debo hacer constar que Cervantes en su *Viaje del Parnaso* por donde desfilan poetas de toda clase dice de éste:

Miren si puede en la Galera hallarse
algún poeta desdichado acaso,
que a las fieras gargantas pueda darse.

Buscáronle y hallaron a Lofraso,
poeta militar, sardo, que estaba
desmayado en un rincón marchito y laso

que a su diez libros de Fortuna andaba
añadiendo otros diez, y el tiempo escoge
que más desocupado se mostraba.

Gritó la chusma toda: —Al mar se arroje...

En el capítulo VII del mismo poema injuria otra vez a este autor así:

Tú sardo militar, Lofraso, fuiste
uno de aquellos bárbaros corrientes
que del contrario el número creciste.

Y por último vuelve a citarlo en el entremés del *Vizcaino fingido*:

La mujer que más presume
de cortar como navaja
los vocablos repulgados
entre las godeñas pláticas;
la que sabe de memoria
a Lofraso y a Diana...

Vuelve el barbero a coger otro libro de la curiosa biblioteca y encuentra esta vez el *Tesoro de varias poesías* cuyo recolector fue don Pedro de Padilla, impreso en 1580. Y para no extremar las citas, terminaré con *El Monserrate* de Cristóbal de Virués, poema en veinte cantos publicado en 1588, con lo cual se demuestra que la historia de don Quijote no era antigua.

Cervantes cuenta cómo un día estando en el Alcaná de Toledo encontró unos cartapacios en manos de un machacho escritos en aljamiado y que un morisco los descifró completamente con la alegría de don Miguel, pues aquellos papeles contenían nada menos que la *Historia de don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Benegeli, historiador arábigo. Lo peor de todo es que yo también me estoy contagiando del mismo mal de los varios autores de libros de caballería y quiero de propósito demorar la narración de mi encuentro relativo a las memorias de Rocinante del Prado de Santa Cruz de los Cañamos y Torre de Juan Abad, pero ya me voy acercando al desenlace:

Quedamos, pues en que un día Cervantes y Saavedra hallábase en Alcaná de Toledo, es decir, en su feria o mercado, muy conocido por las crónicas viejas del rey don Pedro de Castilla, cuando acertó a pasar un muchacho que vendía unos cartapacios que contenían papeles antiguos, escritos en arábigo, pero que realmente correspondían a la literatura aljamiada, o sean obras en que se empleaban los caracteres del alfabeto árabe para escribir en la lengua española, como aparece en esta literatura más antigua que se conoce; del *Poema de Yuzuf*, las coplas y alabanzas de *Mahoma*, el *Hadiz del baño de Zariieb*, el del alcázar de oro y de una manera especial, el *Recontamiento del rey Alixandre*. Como nuestro autor no conocía dicha lengua, llamó a un morisco aljamiado para que los tradujera fácilmente. Fácil tarea fue para Cervantes encontrarlo. El intérprete releyó algunas páginas y púsose a reír como loco después de algún rato, cosa que encendió más la curiosidad del dueño de tales papeles. Ante la natural insistencia accedió a decirle el motivo, pues era que en el margen de uno de esos papeles estaba escrito lo siguiente: "Esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha." Parece que Cervantes no compartió la risa del morisco aljamiado, como yo, francamente tampoco le hallo gracia. Sin embargo, aquí puede estar la clave aún no descubierta sobre la posibilidad de que la tal doncella o lo que fuese, no era un personaje del todo fingido, de donde se podría desprender la ironía cervantina contra algún personaje femenino del Toboso, como ya muchos críticos lo han querido anotar, pero entonces, para reírse como lo hizo el tal, era necesario conocer el alcance de la referida ironía. Naturalmente, al oír Cervantes el nombre de Dulcinea, comprendió que se trataba de su famoso personaje y por ello rogóle al morisco del cuento que continuase leyendo, a lo cual accedió y leyó lo siguiente: "Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benegeli, historiador arábigo." De paso tengo que observar que Cervantes, al recibir la traducción en referencia, le cambió el título, pues como es notorio, le puso el de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, pero poco más, poco menos da lo mismo.

Como este nombre del autor desconocido está íntimamente ligado a mi descubrimiento sobre las *Memorias de Rocinante*, es indispensable dar alguna idea sobre este personaje. Como se ha visto al ha-

blar del Cid Campeador, Cide quiere decir señor en árabe. El Hamete es común y corriente en ese país, como decir Antonio y Carlos en español, y en cuanto a Benegeli se han tejido muchos juicios, siendo uno de los principales, el del sabio don José Antonio Conde quien indica que "quiere decir hijo del ciervo, cerval o cervanteño". Algunos críticos, entre ellos Clemecín pretenden demostrar que de ser aquello así, indica la ironía de Cervantes contra los caballeros manchegos, muchos de los cuales estaban emparentados con moriscos o eran sencillamente de su propia ralea, máxime cuando en el capítulo xxii de la primera parte, al referirse a este fingido personaje, le dice "autor arábigo y manchego". Sin embargo, según don Leopoldo Eguílaz, citado por Rodríguez Marín, en la parte pertinente, dice al respecto: "Este autor en su estudio intitulado 'Notas etimológicas al Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha', tal etimología es desatinada y el Benegeli del supuesto moro historiador, equivale a *bendencheli* o sea aberengonado. Ahora se explica bien que el bachiller Sansón Carrasco (II, 2), dijese, según Sancho Panza, que el autor de la historia se llamaba Cide Hamete Berengena."

Como se comprende, la alegría de don Miguel fue extraordinaria y consiguió los cartapacios por medio real, además de que el morisco se comprometió a traducirlos por la paga de dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo y en poco más de mes y medio dio fin a su empresa, vertiéndolo al castellano y en la forma que todos conocemos, aunque con un sinnúmero de errores y faltas que algunos se han complacido en anotar sin darse tregua ni descanso. Los papeles en referencia no sólo contenían las historias de don Quijote, sino que estaban ilustradas las principales hazañas. De una manera principal notó porque le era más pertinente, la pelea del vizcaíno con nuestro caballero andante, éste con su rodela y el otro con una almohada para defenderse. A los pies de éste había un rótulo con el nombre de Sancho de Azpeitia y en el primero, con el de Don Quijote. Rocinante estaba pintado con singular maestría, "tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubier-to, con cuanta advertencia y propiedad, se le había puesto el nombre de Rocinante. Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rótulo que decía Sancho Zancas, y debía de ser que tenía, por lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas y por esto se le debió poner

el nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos nombres le llama algunas veces la historia.”

Sobre lo anterior, es indispensable detenerme un poco para glosar serenamente todos los conceptos cervantinos a cerca del verdadero autor de esta maravillosa historia y ver cómo andaba éste en calzas prietas para habérselas con el sinnúmero de contradicciones que manifiesta su obra inmortal. Efectivamente en la primera página del capítulo ix de la primera parte, trata del disgusto que él tuvo de que terminara esa historia, sin acabar el cuento del famoso vizcaíno, de que ya he hablado. Ciertamente que dada la importancia del personaje a cualquiera debería extrañarle el no encontrar un continuador de la leyenda, porque le hubiese faltado un sabio que tomase a su cargo el escribir sus nunca vistas hazañas. Las de don Quijote, nunca habían sido vistas, porque no existían, sencillamente, y valga en honor de Cervantes el juego de expresiones, cuyo comentario sería fácil hacer, si no fuese de tanta nimiedad.

En el capítulo ii de la misma parte habla de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote, quien por los campos del Montiel va hablando consigo mismo y tiene la seguridad de que en los venideros tiempos habrá de salir a luz su verdadera historia y que el sabio que la habrá de escribir dirá con estilo rimbombante: “Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz del ancha tierra, las doradas hebras de su dorado cabello...”, etc., en lo cual Cervantes quería burlarse donosamente de la manera de describir escenas semejantes en los libros de caballería, especialmente del Belianís de Grecia, en donde hay un pasaje semejante, casi con las mismas palabras. Don Quijote subió sobre su famoso Rocinante y se fue por los campos de Montiel, y con más entusiasmo repite que sus famosas hazañas serán dignas de esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. Ignora don Quijote quién habrá de ser el cronista de esta peregrina historia y que probablemente será un sabio encantador. Una noble demostración del espíritu caballeresco de don Quijote es la terminación del párrafo, cuando insinúa también a dicho genio abscondito que cuando se ocupe de él, no se olvide de su buen Rocinante, compañero de sus carreras y caminos. He aquí pues, la recomendación especialísima de don Quijote y que hasta la fecha nadie había caído en cuenta de ello, pero que el mismo sabio Cide Hamete, historiador árabe, tan bien y tan mal traído por Cervan-

tes, no echó en saco roto la recomendación antedicha y después de haber escrito las hazañas de nuestro caballero andante, espejo y flor de los de su especie, ocupóse de recoger las memorias del famoso caballo compañero y amigo de nuestro hidalgo manchego.

Algunos comentadores modernos de la obra, al llegar a este punto, han tenido la avilantez de decir que don Quijote decayó con esta recomendación, que para mí es uno de los puntos principales para demostrar la espiritualidad quijotesca, el grado de amistad de caballo y caballero, la delicadeza de amigo sin tacha y el reconocimiento a este noble animal, y no quiero decir bruto, por no herirlo sin motivo. ¡Cómo es verdad que los cronistas de hogaño no se parecen a los de antaño, pues ya pasaron las nubes de septiembre!

En el mismo capítulo ii, nos cuenta que hizo la primera salida y que todo el día anduvo por esos campos y trigos de Dios, sin que le aconteciese nada de particular, pero lo raro del caso es que más tarde Cervantes, que no don Quijote, expresa que hay algunos autores, quienes manifiestan que la primera aventura que le avino fue la de puerto Lápice y otros, que la de los molinos de viento. Ni una ni otra cosa es verdad, pues la primera fue la de las mozas de partido que hallábanse en el castillo, que algunos malandrines dicen que era una simple venta o mesón del tres por cuatro, el cuerno del porquero, la huida de las tales, la llegada del castrador de puercos, la famosa armada de caballero andante y tantas otras cosas más, y las hazañas de la duda se refieren a la segunda salida con otras cosas más notables. Por otra parte y es lo principal de la crítica, aquí se habla de que ha habido más de dos autores que hayan tratado de la historia de don Quijote de la Mancha, lo cual se nos escapa por completo. Por otra parte, aparece otro autor, y es el mismo Cervantes quien recogió según él todo cuanto halló escrito en los anales de la Mancha, y que fueron muy pocos según se desprende del contexto del capítulo ix de esta primera parte. Bien poco era en verdad lo que había encontrado en aquellos sarandeados infolios. Los estudiados escauceos de la Tolosa y de la Molinera, apenas tienen gracia, si no es lo de confundirlas con doncellas y suplicarles que se pongan el don y en este caso el doña, como compete a tan linajudas princesas. Don Quijote muéstrase aquí en su esplendor de justicia, pero bien pronto habría de saber por experiencia propia que hacer el bien a un villano, es lo mismo que conquistarse un enemigo para toda la vida. La escena de los mer-

cadere toledanos que iban a hacer sus mercados a Murcia, tiene todo el dolor regocijo de la aventura que termina en paliza sin cuento a los desmedrados huesos de nuestro héroe. ¿Cómo era posible que aquellos infelices ignorantes supiesen las excelencias de doña Dulcinea del Toboso? Y por otra parte, cómo habría de permitirse que la soez canalla se burlara de aquella hermosura desconocida pero por ello no menos cierta, hasta llegar a decirle que sólo por complacer a don Quijote dirían que es la mujer más bella del mundo, aunque fuera tuerta de un ojo y que del otro le manara bermellón y piedra azufre. Y claro, ¡qué le iba a manar sino ámbar y algalia entre algodones, y más derecha que un huso del Guadarrama!

Decir tales improperios a don Quijote, imposible de tolerarlo. Y efectivamente, acto continuo arremetió contra el canalla con toda la furia de su brazo, pero Rocinante, según don Quijote, cayó de mala manera por un grave tropiezo que tuvo, cosa que a cualquier persona o caballería puede acontecer, con la circunstancia a favor del caballo que las caídas por tropezones humanos son muchas veces irremediables. Era imposible para don Quijote levantarse por el peso de las armaduras, como adargas, espuelas, celadas, lanza, etc., y al ver que los mercaderes seguían su camino riéndose del pobre vencido sin legal vencimiento, gritóles que “fuyesen” ya que no estaba tendido por propia culpa sino por la de su Rocinante. Aquí también me permito antepápar a quien leyere, que don Quijote fue injusto, pues no es de caballeros decentes achacar la derrota a otro. Por lo menos así se expresa este caballo en sus memorias y a mí me parece que tiene toda la razón. El animal había caído y tenía las patas al aire y para decir verdad, en forma poco decorosa y de propósito no quiso levantarse y ayudar a su amo, ya que éste gritaba sin descanso que toda la culpa de su malferido suceso era de aquél. Un mozo de mulas y de malos hígados, al escuchar las injurias a los mercaderes cogió la propia lanza quijotesca y molió a palos a su dueño.

Si al principio no pudo levantarse, mal habría conseguido dar mejores muestras con semejante paliza tan inmerecida como infame, pero para eso era caballero andante y tenía en mientes los episodios que vinieran al caso para sacarlo de los malos pasos. Es que don Quijote no se había en esos momentos acordado de su dama, y por ello citó a Valdovinos y al marqués de Mantua, tan veraz y tan auténtica, como los milagros de Mahoma, lo que ya es mucho afirmar. Mas real-

mente, lo que dijo, pertenece a otro romance viejo, del cancionero de Amberes:

¿Dónde estás señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.

Al decir estos versos con otros que finaban el romance, oyóse un relincho de Rocinante que más parecía sarcasmo que una queja de dolor. Incorporóse como pudo y se acercó a su amo lentamente, mientras se oían unos versos del verdadero romance que decían:

¿Dónde estás señora mía,
que no te pena mi male?
De mis pequeñas heridas
compasión solías tomare.
Agora de las mortales
no tienes ningún pesare...

Extrañado quedó el caballero malferido de la corrección que se le había hecho sin saber de dónde venían esas voces y más asombrado quedó cuando siguió la misma voz diciendo:

Aquesto, Tirsi decía
cantando en su soledad.
¡Memorias de su señora
y testigos de su mal!...

De pronto apareció por esos lados un poeta que dijo llamarse don Jerónimo Treviño, quien saludó graciosamente a don Quijote en el suelo aún, y como despedida le obsequió un pliego suelto de este romance compuesto por él y publicado en Alcalá de Henares hacia 1598. El citado caballero desapareció como por encanto, sin dejar huellas de sí, lo que apenó a don Quijote más no así a Rocinante, el cual faltando al respeto que se debe al amo a quien sirve, soltó un relincho que según dice posteriormente Cide Hamete Benegeli, tenía más trazas de carcajada maliciosa.

Casi al instante acertó a pasar por allí el molinero Pedro Alonso, vecino del caído, y después de hacerle comprender aunque en vano que él no era sino el señor Quijana, lo levantó con gran trabajo y lo

subió sobre su paciente jumento y asiendo del ronzal a Rocinante, marchó con su carga a su nativo pueblo que no estaba muy lejos del suceso. Pobre don Quijote de la Mancha. Caballero andante de límpida alcurnia como se verá a su tiempo, apareces ahora caballero en un vil jumento, cuando naciste para no desmontarte jamás de tu buen caballo de la familia de Bucéfalo y descendiente de Babieca. Y así malferido y maltrecho, a la vista impacible de tu injuriado rocín, llegaste a tu pueblo al anochecer, pero que tu amigo molinero compasivo, demoró más la entrada para que no fueses ludibrio de la canalla ni alegría de los muchachos insolentes y curiosos.



D E R E C H O

El Ministerio Público, Organo del Estado y su Independencia

Ensayo presentado por el doctor Tulio César Jiménez Barriga para ingresar como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia.

Teniendo por fin el Estado dentro de la sociedad política el promover la prosperidad pública mediante la protección del orden jurídico y el fomento del bien común y la moralidad social, es lógico que para cumplir con estas funciones esenciales de su actividad cree sus propios órganos adecuados que constituyan el origen de tales funciones, señal en el procedimiento de su operancia y determinen su aplicabilidad en los actos de relación de los seres sociales.

En el mundo vegetal, y animal, lo mismo que en la mecánica y también en el derecho, la función crea el órgano.

Tradicionalmente, tres han sido las funciones que ejerce el Estado para conducir a la sociedad a su fin: la legislativa, la ejecutiva y la judicial. La concreción práctica de éstas son los tres órganos respectivos. La necesidad de promover, impulsar, vigilar, exigir el cumplimiento de las funciones primordiales legislativas, ejecutivas y judiciales engendra una función sui generis que es la que crea el órgano denominado Ministerio Público. Su tangencia y simultáneamente su independencia de los demás órganos, es lo que le imprime su complejidad y a la vez le señala la ponderosa magnitud de su misión. Como las demás funciones, ésta también, a su manera, tiene por meta final la prosperidad temporal mediante el sostenimiento del orden jurídico, la orientación hacia el bien común y la defensa de la moralidad pública.